



# La Concepcion

POEMA

Por

SAMUEL A. LILLO

Oculto entre las rocas de la sierra,  
Alzase un miserable caserío  
Que, del sol a los últimos reflejos,  
Parece, desde léjos,  
Un gigantesco nido  
De los salvajes cóndores del Andes  
Al borde del abismo suspendido.

Escarpadas alturas lo circundan,  
Y, como un monstruo de entreabierta fauce  
Que pugna por saltar los murallones  
De su profundo cauce,  
Borbotando a los pies de la pendiente,  
Lo acaricia i defiende  
Con sus turbios oleajes, un torrente.

Al oculto rincón de esos breñales,  
La noticia llegó de que yacia  
Revuelto i roto bajo el pié extranjero  
El poder de los incas inmortales.  
¿Quién llevar pudo nueva tan estraña?  
Talvez algun arriero  
Que cruzó en aquel tiempo la montaña.

Los tristes moradores  
Cuántas veces temblaron  
En el silencio de la noche umbría;  
I pálidos, convulsos, se miraron  
A la luz de la llama vacilante,  
Tomando por jemidos de agonía  
Los silbidos del viento  
Que afuera con furor se retorcia.

A veces el torrente que bajaba,  
Formando en la ladera  
Sonantes cataratas,  
En medio del silencio semejaba  
El galope de estrañas calbagatas.

Por fin, en cierto día,  
El estridente son de las cornetas  
Que por valles i montes se estendia,  
Sorprendió aquel rincón de la montaña,  
Anunciando que el mar de bayonetas.  
Que los valles peruanos  
Llenara con su estrépito de guerra,  
Subia amenazante de los llanos  
Hacia las libres cumbres de la sierra.

\*  
\* \*

De rostro hermoso, por el sol moreno,  
Inclinada la frente pensativa,  
En soberbio bridon de piel oscura  
Que, bañado en sudor, tascaba el freno,  
A la cabeza de sus huestes iba  
Gallardo mozo de gentil figura,  
Tan altivo i bizarro

---

Como uno de los nobles capitanes  
De los tiempos de Almagro i de Pizarro.

Al sonar de las armas i clarines,  
Las puertas se cerraron  
Solo algunos escuálidos mastines  
Airados arrojaron  
Ladridos de amenaza;  
Mas la tropa invasora  
Siguió en silencio i se formó en la plaza.

En el viejo cuartel abandonado,  
Pasó qué largos dias  
Lamentando la estrella de su suerte,  
El jóven héroe sin soñar siquiera  
Que en esa miserable madriguera  
Lo esperaban la gloria con la muerte.

Una lóbrega noche los vijías  
Insolitos rumores  
En las cercanas breñas escucharon,  
I sombras fujitivas resbalaron  
Por la áspera pendiente.  
En tanto que en las cumbres retiradas,  
Brillaba de repente  
El fulgor de indecisas llamaradas.

Sintióse al otro día  
Un extraño fragor que por momentos  
Remedaba el sonar de los pedruscos  
Que ruedan de los altos peñascales,  
O el sacudon airado de los vientos  
Que estremece los viejos robledales.  
Confuso vocerío,  
Aullidos de amenaza

---

I ruidos de trompetas i bocinas,  
Con violencia estallaron  
I airadas multitudes coronaron  
Las alturas vecinas.

Cual baja hasta llegar a las llanadas  
La avenida que forman los chubascos,  
Descendieron las bárbaras indiadas,  
Saltando por los ásperos peñascos;  
I cubrieron las calles i senderos  
Con la hirviente invasion de sus guerreros.

Al sentir en sus venas  
Latir la noble sangre de su abuelo,  
Acepta el bravo capitán Carrera  
El formidable duelo.

## Ardiente i temerario

Solo tiene setenta paladines,  
Mas son del Chacabuco lejendario  
Que, al eco triunfador de sus clarines,  
Supieron siempre rechazar bridones,  
Tomar reductos i clavar cañones.

I a su lado, Cruz, Montt i Perez Canto  
Cáchorros de leones,  
Que, si aún no ostentaban la melena  
Que sacude al lanzarse hácia la arena  
El rei de los desiertos, altanero,  
Ya habian demostrado en las batallas  
Garras de bronce i corazon de acero.

Quedaron un momento frente a frente  
Las bandas de siniestra catadura  
Embriagadas de rabia i de venganza,  
I los que desplegaron en las lides



---

La hidalguía, la fuerza i la bravura  
De los caballerescos adalides.

La luz del sol poniente  
Coloraba de sangre la montaña  
Ménos roja i ardiente todavía  
Que la que iba a correr, como un torrente,  
A los golpes del odio i de la saña,  
Del negro flanco de la sierra umbría.

Reinaba en los abismos  
I en las cimas la calma mensajera  
De grandes cataclismos.  
El torrente cantaba en la ladera,  
I, por el cielo azul esplendoroso,  
Una lejion de cóndores subía,

De la tarde a la pálida vislumbre,  
En busca de sus nidos  
A las rocas salvajes de la cumbre.

En medio del asombro i del despecho  
De la bárbara indiada  
Un resuelto muchacho subió al techo  
De aquella fortaleza improvisada  
I, desafiando todos los rencores  
Que encerraba el tropel de la mesnada,  
Clavó sobre un madero en lo mas alto  
La invicta enseña de los tres colores.  
Los chilenos clarines i tambores  
Al punto saludaron,  
I en el campo enemigo  
Las primeras descargas estallaron;

---

I, cual águila real que algun disparo  
Desbarrancarse en el abismo hiciera,  
Rebotando cayó desde la altura,  
El mozo que clavara la bandera.

Ya el jefe no inclinaba  
Pensativo la frente  
Como la tarde aquella en que llegaba,  
Subiendo por la orilla del torrente.

Ahora, activo i fiero  
Recorria la arena ensangrentada,  
I estaba allí el primero.  
Electrizando la pequeña hueste.  
Con la voz, el ejemplo i la mirada.

La noche descendió sobre la aldea,  
I a la luz de los rojos fusilazos  
Continuó la pelea;  
I resueltos i airados;  
Salieron muchas veces  
De su viejo reducto los sitiados,  
Barriendo con su esfuerzo la esplanada;  
I, como huyen las reses  
Seguidas por los raudos laceadores,  
Escapaban las bandas de la indiada  
Delante de los fieros invasores.

Trascurrieron las horas lentamente  
De aquella noche triste interminable  
En que fueron cayendo, uno por uno,  
Los héroes de esa lucha formidable.  
I cuando ya diezmada,  
Abandonó su protector abrigo  
Seguida por la inmensa llamarada  
En que lo convirtiera el enemigo,

Al fulgor de los rojos resplandores,  
Vió la tropa bravía  
La gloriosa bandera de la patria  
Que, aun testigo de la ínclita epopeya,  
Batida por los vientos se mecia;  
I ántes que entre las llamas se perdiera,  
Los héroes arrogantes,  
Desafiando el abrazo de la muerte,  
Con pié seguro i corazon de fiera,  
En aquella hecatombe de jigantes  
Intentaron la carga postrimera.

El osado caudillo  
Cayó en la acometida,  
Como cae en la pampa acribillado  
El tigre acorralado,  
Que en el último esfuerzo de su vida,  
Romper intenta el círculo de muerte  
Que le pusiera la feroz batida.

Sobre un monton de cuerpos mutilados  
I fija en la bandera la mirada,  
Oprimiendo en su puño contraído  
La vengadora espada,  
Quedó el gallardo capitan tendido.  
Al fulgor de las llamas,  
Veíase en su ceño  
Tal espresion de arrojo temerario,  
Que ni un solo contrario  
Se atrevió a interrumpir su último sueño.

La luz del sol radiante  
Iluminó las cimas de los montes  
I descendió a la plaza de la aldea.  
Allí en aquel instante  
Terminaba la lucha jigantea.

Pálido i estenuado de fatiga,  
Junto a su heroico jefe inanimado,  
En la sangre enemiga

El blanco rostro juvenil bañado,  
Al frente de un puñado de sus héroes,  
El bravo Cruz luchaba todavía:  
El último titan con débil brazo  
Un sangriento pedazo  
Del acero mortífero esgrimía.

I la ruda tormenta del desierto  
A cuya voz vacilan las montañas,  
No descargó siquiera  
En la turba de míseros verdugos  
Un rayo de su ira justiciera;  
I bajo el cielo azul esplendoroso,  
Cómplice de la horrible felonía,  
I mientras rumoroso  
El viento con sus alas descorria  
Los blancos torbellinos de combate,  
I a escucharse volvia  
La cancion del torrente en la ladera,

Las bandas de salvajes inmolaron  
A aquel niño, la víctima postrera.

Entre nubes de polvo, temerosas  
Del próximo castigo, se volvian  
En la tarde las bandas victoriosas  
Al seguro retiro de sus breñas,  
I sus grupos revueltos parecian  
Un rebaño dispersó entre las peñas.  
En tanto que al villorrio abandonado,  
Envuelta entre los rayos de la lumbre  
Con que el sol la montaña acariciaba,  
Una lejion de cóndores bajaba  
Hácia el festin que vió desde la cumbre.

